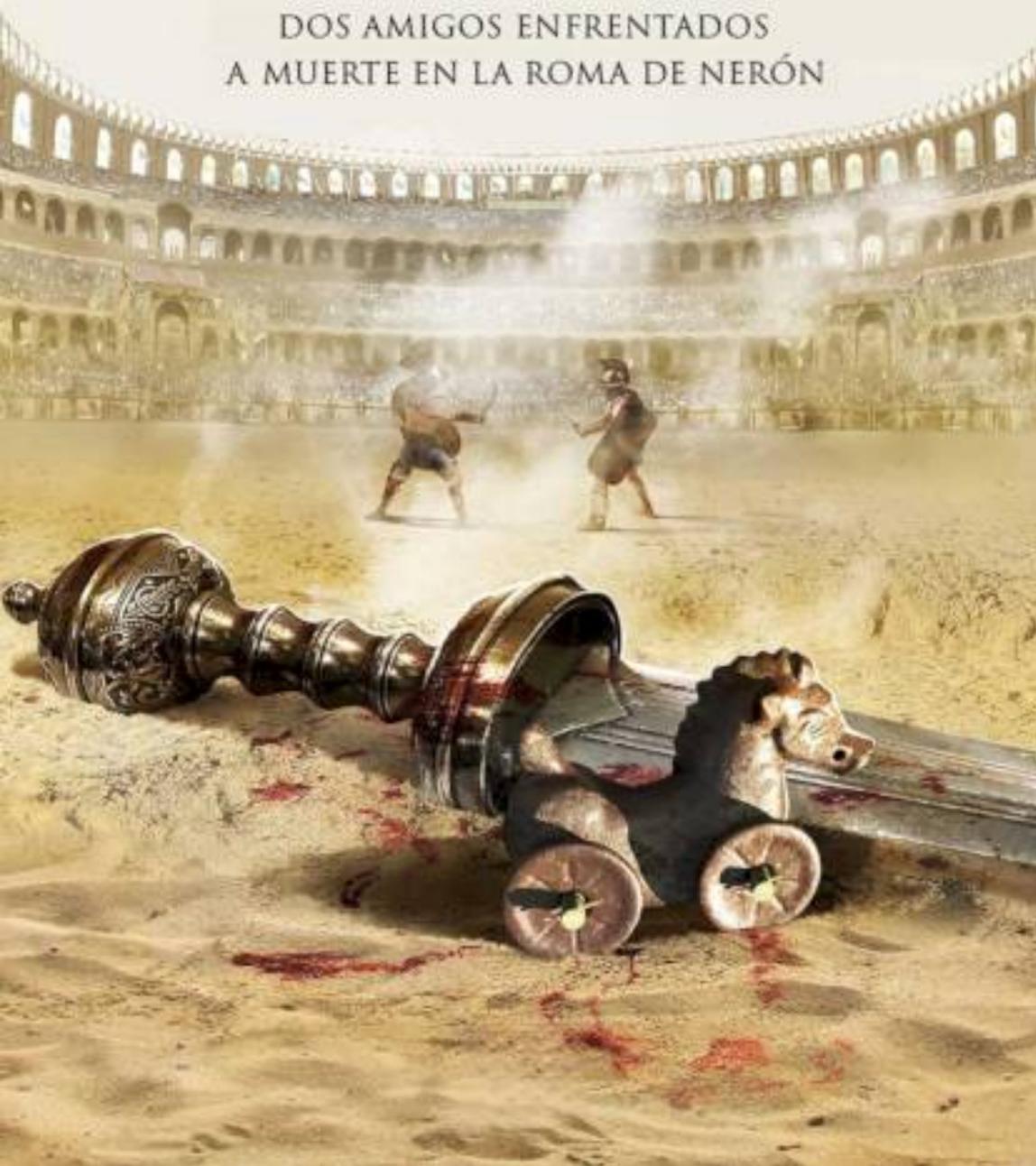


JUAN TRANCHE

SPICULUS

DOS AMIGOS ENFRENTADOS
A MUERTE EN LA ROMA DE NERÓN



Pompeya. Siglo I d. C. Lucio y su esclavo Ronet son amigos desde niños. Su vida transcurre entre ilusiones, aficiones y sueños, pero una serie de acontecimientos y la llegada a sus vidas de Nailah, una esclava egipcia, pondrán al descubierto sentimientos completamente desconocidos para ellos: amor, odio, ambición y venganza, emociones que marcarán el curso de sus vidas.

Roma. El emperador Nerón trata de mantener el trono ante las conspiraciones que surgen a su alrededor e intenta evitar que la ciudad se reduzca a cenizas. Durante ese tiempo, Spiculus lucha por ser el mejor gladiador del Imperio y desafía sus límites en cada combate mientras un nuevo gladiador emerge para retarlo.

Una historia que confluye en un drama histórico en el que la venganza, el amor y la arena de los coliseos son el motor de la narración.

*Para Isa, Ana, Aitana y Chloe
Mis cuatro puntos cardinales*



I

Roma, 68 d. C.

Aunque el día había sido caluroso, el sol ya no brillaba con tanto vigor en la ansiada tarde y las escasas nubes empezaban a reflejar tonos anaranjados. El crepúsculo se acercaba, pero, aun así, ni un alma se movía de su asiento. Estaba a punto de comenzar el duelo más esperado de toda la jornada.

La fatiga empezaba a hacer mella en las gentes que abarrotaban el anfiteatro, cansadas de los espectáculos que habían tenido lugar durante todo el día, pero volvían a emocionarse ante el momento que estaba a punto de acontecer.

Su sed de sangre aún no estaba del todo satisfecha. Querían más, les faltaba saciar su gula con la del tenso duelo que iba a celebrarse. El público llevaba esperando desde hacía mucho tiempo un enfrentamiento así. «Toda una vida», aseguraban algunos. Muchos, especialmente los de la clase social más baja, tuvieron que hacer interminables y extenuantes colas a las puertas del anfiteatro durante largas jornadas para poder conseguir una entrada. Nadie en su sano juicio se lo quería perder.

El emperador Nerón, en su palco, intentaba mantenerse ajeno durante esa jornada a las conspiraciones que buscaban arrebatarle su cetro. Preguntaba a sus asesores cuánto tiempo faltaba para que diera comienzo el deseado combate, del que se había estado hablando durante días en to-

dos los rincones del Imperio romano. Lo único que liberaba al César de la presión de sus preocupaciones y lo mantenía ajeno de la pesadumbre que le recorría por un Imperio que podría estar a punto de perder era que el duelo entre el gladiador favorito del emperador y el gladiador preferido del pueblo estaba a punto de comenzar.

Las exaltadas almas que hacinaban las gradas empezaron a desgañitarse al oír el sonido de las tubas y los *cornus*^[1] que anunciaban el combate. La algarabía de los miles de personas era ensordecedora. De repente, los nervios, los suspiros, las plegarias por su gladiador favorito hacían mella en los corazones de quienes habían tenido la fortuna de encontrarse allí.

Los odres comenzaron de nuevo a surtir de vino las gargantas. Las apuestas volvían a anunciarse y a gritarse, los sestercios cambiaban rápidamente de mano en mano. El júbilo y los nervios hacían que vibraran hasta las mismísimas columnas del anfiteatro.

Todo estaba dispuesto para que la tinta de los cronistas inmortalizara aquella jornada. Se hablaría durante años y se recordaría durante siglos.

El combate de Amicus contra Spiculus.

Abajo, en las entrañas del anfiteatro, los dos gladiadores más conocidos de todo el orbe esperaban, bañados en sudor, a que les dieran la orden de salir a la arena.

Ambos se miraron durante un eterno instante. Si había miedo en sus ojos, no lo mostraron; si había duda en sus rostros, no lo percibieron; si había temblor en sus manos, no lo apreciaron. Tomaron aire con fuerza antes de enfundarse el yelmo, ayudados por sendos esclavos. El aliento viciado del calor de los pulmones golpeó con fuerza en sus rostros al chocar con el metal, provocando un ruido enlatado al colocarse el casco. La presión del acero contra su cráneo y la sensación de respirar por la única abertura que se encontraba a la altura de sus ojos no los agobió más que la ansiedad que les provocaba volver a encontrarse.

Cerraron los ojos.

De repente, sus sentidos se aguzaron por la completa oscuridad. Las voces que abarrotaban las gradas cedieron para ambos y, a pesar de los miles de gargantas que gritaban sus nombres, sintieron una inmensa soledad. En ese momento, su propia respiración agitada y lacónica era el único sonido claro y nítido que llegaba a sus oídos. En el estómago empezó una vibración que se fue extendiendo por todo el cuerpo mientras el corazón bombeaba nervioso y agitado la sangre a los tensos y entumecidos músculos. Ninguno de los dos notaba ya el sentimiento que ambos se profesaban y que llevaba atenazándoles el alma durante mucho tiempo. Odio.

Habían sido entrenados para apartar de sus mentes cualquier atisbo de debilidad. En todos los combates que habían realizado durante años, aprendieron que la duda nunca debía cernirse sobre su brazo si tenían que matar a su rival. Pero aquel día era distinto.

Realizaron sus rituales justo antes de salir a la arena. Uno de ellos pronunció la frase que tanto valor le infundía. El otro giró la cabeza de un lado a otro para calentar los músculos del cuello.

De nuevo, el sonido de las trompetas anunciando que era el momento los devolvió a la realidad.

—¡Vuestro turno! —gritó el operario.

Observaron el oscuro pasillo que daba a la arena. Su cerebro dio la orden y empezaron a andar hacia la palestra.

El sol se encontraba bajo, sus rayos se colaron por las hendiduras del yelmo deslumbrando sus entornados ojos antes de salir, mientras subían los dos escalones que daban acceso al recinto. Había que tenerlo en cuenta para colocar al rival mirando al oeste. El aire era fresco, suave y no soplabo lo suficiente para considerarlo un problema. Sus mentes analizaron todos y cada uno de los detalles que podían desequilibrar el duelo.

Cuando ambos luchadores atravesaron la puerta Triumphantis, la puerta de la vida, el silencio se apoderó de todo el anfiteatro.

Los miles de personas aguantaron la respiración, mirando sin pestañear a los dos gladiadores que se dirigían con seguridad y determinación en su caminar al centro del óvalo donde esperaba el árbitro principal, el *summa rudis*. Únicamente se oía el sonido de sus pisadas al caminar por la arena recién peinada.

Un grito rompió la tensión:

—¡Spiculus, destrózale!

—¡Amicus, Fénix de los infiernos, manda allí a esa basura humana! —voceaba otro ante las risas de los que estaban al lado.

Los gritos de ánimo dieron paso a unas desenfrenadas ovaciones y, de nuevo, las almas se hicieron notar. Todos estaban nerviosos y expectantes, emocionados y extasiados.

El emperador, postrado en su diván, observó a su gladiador favorito y esperó a que, como siempre hacía, realizara una reverencia para dedicarle la victoria.

A escasos metros del César, Publio Valerio cambió el gesto cuando vio el porte imponente de su hijo salir a combatir a la arena del anfiteatro. Suspiró. En su memoria seguía fresco y candente el recuerdo de la discusión que mantuvieron la última vez que se vieron. Sus vanas palabras no habían causado mella en el corazón de su vástago.

Se planteó abandonar la grada donde se encontraba, pero la tentación era mayor que el orgullo. Y el deseo de verle era más fuerte que el impulso que le empujaba a abandonar el anfiteatro.

En la arena, los dos gladiadores se encontraban ya frente a frente. Aún resonaba en sus mentes la breve conversación que habían mantenido justo antes de salir a escena.

Amicus colocó su cuerpo tras su *parma*^[2] con el dibujo del ave fénix en posición. Levantó con la mano derecha su

arma apuntando hacia el cielo, buscando que los dioses guiaran su brazo hacia quien durante muchos años quiso como a un hermano.

Spiculus, aún sorprendido por ver que el hombre con el que se enfrentaría no era otro que su mejor amigo de la infancia, colocó su *scutum*^[3] delante de él y, encomendándose únicamente a sí mismo, agarró con fuerza su *pugio*^[4].

Un fuerte y unísono sentimiento de nostalgia atravesó sus mentes, recordando las innumerables veces que, cuando eran niños, siendo grandes amigos, jugaron a ser gladiadores con espadas de madera, mientras se preguntaban cuáles eran sus sueños y deseaban estar juntos para siempre.

En aquellos lejanos días habrían dado su vida el uno por el otro. Sin embargo, el odio con el que el destino, a lo largo de los años, había manchado sus almas desde aquellos felices momentos los empujaba a luchar esta vez para acabar con la vida del otro.

El fugaz recuerdo se desvaneció como un sueño en la noche en el momento en el que el *summa rudis* levantó su larga vara apuntando al cielo de la ciudad que dominaba el mundo, gritando ante el mudo y expectante anfiteatro.

—*Pugnate*^[5]!

II

Pompeya, 57 d. C.

El alba anunció otro amanecer en la ciudad custodiada por el monte Vesubio. Las primeras luces de la mañana empezaron a asomar por el este, a la altura del anfiteatro y por los rojizos tejados de las casas, acompañadas por una neblina que se levantó silenciosa de la tierra. La temperatura no era muy fría para el mes de marzo, pero ese gélido viento de primera hora procedente del mar se metía mudo y húmedo entre los huesos.

Lucio Valerio, el joven hijo de doce años de Emilia Plotina y de Publio Valerio Marón, despertaba en su cama. Su gen era el de una de las más importantes y ricas familias viticultoras del Imperio, responsables desde hacía varias generaciones de uno de los vinos más caros y reconocidos por los paladares más exigentes, el vino de Falerno.

—Salve, Lucio —rompió el silencio de la habitación Utba, el *atriense*^[6] del hogar—. Vuestra madre me ha pedido que os despierte. Recordad, mi *domine*^[7], que hoy tenéis que ir a clase con vuestro pedagogo. Os he preparado una palangana con agua caliente para que podáis asearos.

—Salve —dijo con la voz tomada y estirando los brazos tras haber dormido sin mayor preocupación que la de recuperarse del cansancio.

Lucio era el único hijo varón de la familia Valeria; más alto que la mayoría de los niños de su edad, tenía el pelo

moreno y unos grandes ojos negros de mirada muy penetrante. A su corta edad ya apuntaba una genética fuerte y destacaba especialmente por su belleza, pues todos coincidían en que era especialmente hermoso y que en unos años se convertiría en un auténtico adonis. Tenía una gran curiosidad por las cosas, pero lo que más marcaba su carácter era su actitud y su fuerza de voluntad.

Su hermana Cornelia había cumplido ya catorce años y pronto se casaría con Celio Lucundo, hijo de uno de los más importantes senadores, tal y como habían acordado ambas familias.

Sus padres representaban los valores de una auténtica familia romana, un modelo cuyo comportamiento era irreprochable. Emilia, su madre, era una mujer muy hermosa y honesta, que personificaba a la verdadera matrona romana y disfrutaba del trato con la gente. Era especialmente culta, gustaba de recibir a personajes ilustres en su casa con los que compartir conversaciones filosóficas y, por supuesto, era una perfecta anfitriona.

Cuando Lucio terminó de asearse, Utba le ayudó a vestirse y salió al pasillo principal sin fijarse en las pinturas y frescos que lucían las paredes. Emilia había dedicado grandes cantidades de sestercios a contratar a los mejores pintores para decorar las estancias del modo que mejor representara su manera de pensar.

Atravesó el enorme *peristylum*^[8], donde solo se oía el ruido procedente de la fuente que presidía el centro de la estancia y se respiraba el frescor de los jardines.

Cruzó hasta llegar al comedor al encuentro de su madre, que, como cada mañana, le esperaba para desayunar junto a su hermana. En la mesa estaba dispuesta su comida favorita, una rebanada de pan seco untada en ajo, aderezada con sal y aceite, alguna pieza de fruta y un poco de queso. Lo acompañaba con agua muy fría, pues aún era muy joven para beber vino rebajado con miel.

—Salve, madre, ¿habéis dormido bien? —preguntó Lucio mientras le daba un leve beso en la mejilla.

—Salve, querido. He dormido todo lo bien que los dioses me han permitido.

—Hoy venía padre, ¿verdad? —preguntó el muchacho.

Publio Valerio Marón, el padre de Lucio, se encontraba examinando sus valiosas vides en compañía de Cadin, su esclavo de mayor confianza. Publio fue tribuno de la Legión XX Valeria Victrix, a las órdenes del legado Vespasiano. Cuando se dirigieron a invadir Britania, pasaron por la Galia Cisalpina. En una de las villas donde pararon a hacer noche junto con otros mandos, tomaron un vino que no pasó desapercibido para ninguno de los allí presentes, pero en especial para Publio. El responsable de aquel caldo majestuoso era Cadin, un esclavo galo, que servía en aquel caserío. Años después, cuando Publio cumplió los veinte años de servicio y pasó a la reserva, volvió a la villa donde había probado aquel vino que tanto le había deleitado y abonó la cantidad desorbitada que su dueño pidió por él. También pagó por su mujer.

Caron, la esposa de Cadin, era una excelente cocinera y la responsable en los banquetes romanos que celebraban. Vivían sin ningún tipo de reproche hacia sus dueños, pues estos eran justos y muy condescendientes con ellos. Los trataban casi como a iguales siempre que mantuvieran las formas. Cuando Publio muriera, les darían la manumisión y podrían vivir el final de sus días en alguna pequeña villa gala como personas libres.

Lucio terminó el desayuno y habló con su madre.

—Si viene Arrio, decidle que estoy detrás. Voy a buscar a Ronet.

—No te distraigas al volver. Recuerda que esta tarde damos una cena. Estarán el senador Cneo Hosidio Geta, además del prometido de tu hermana y otros muchos invitados.

Lucio se dirigió hacia la parte trasera de la *domus*. Su padre había mandado construir allí un almacén donde los carros cargados con tinajas de vino pudieran acarrear las ánforas y bajarlas hasta el *criptoportico*^[9]. Solamente Publio y Cadin podían bajar ahí.

Ronet se encontraba limpiando unas ánforas cuando escuchó una voz a sus espaldas.

—¡Cuidado, maldito enano! Seguro que rompes alguna.

Ronet se dio la vuelta y vio a Lucio encararse hacia él, miró a un lado y a otro para comprobar si había alguien más, y respondió levantando el utensilio con el que limpiaba.

—Te meteré esta esponja por la boca. —Ambos se retaron con la mirada durante un breve instante y arrancaron en carcajadas.

Ronet, de pelo rojizo y ojos claros, era el único hijo de Cadin y Caron y nació cuando la pareja ya vivía en la *domus* Valeria. Era un *verna*^[10] y tenía la misma edad que Lucio pero no gozaba de la misma altura ni era tan agraciado como su *domine*. Le unía una gran lealtad y amistad a su amo, sería capaz de hacer cualquier cosa por él.

Los padres de Lucio no se oponían a la amistad, dado su gran cariño y afecto por el chico, siempre y cuando cada uno tuviera claro cuál era su posición y su lugar, ya que se esperaba que ambos siguieran los pasos de sus respectivos progenitores.

—¿Hoy no tienes clase? —preguntó Ronet mientras seguía realizando la tarea que le habían encomendado.

—Sí, estoy esperando a Arrio —dijo Lucio.

—Y tú, ¿qué vas a hacer?

Ronet se encogió de hombros.

—Lo que me manden.

—¿Quieres que echemos una carrera?

—Me encantaría, pero tengo que terminar de limpiar todas estas ánforas. Si no las acabo, cuando vengan nuestros padres, se enfadarán.

Lucio miró a su amigo Ronet durante un momento sin decir nada.

—¿No te cansas? —preguntó el patricio.

—¿De qué? —contestó Ronet mirando a su amigo.

—De hacer todo esto.

Ronet dudó.

—¡Ah! No. Mi padre siempre dice que debemos ser felices con el destino que nos ha tocado vivir, que demos gracias a la diosa Fortuna por vivir en esta *domus*, que otros no tienen la misma suerte.

—El mío me hizo aprender que los dioses designan al azar nuestro destino, pero nosotros elegimos cómo andar ese camino, si con la vergüenza y el miedo de los cobardes o con el valor y la osadía de los valientes. No sé qué significa —dijo Lucio con burla.

—Yo tampoco —contestó Ronet mirándole.

Ambos se quedaron un momento en silencio.

—Cuando seamos mayores... Bueno, yo ya soy mayor... Cuando hagamos la fiesta para celebrar mi decimocuarto cumpleaños, ¿qué desearías ser? Yo seré el general más grande que ha existido nunca, ¿y tú?

Ronet paró de frotar el ánfora que estaba limpiando mientras pensaba.

—No lo sé. ¿El mejor amigo del general más grande que haya existido nunca? —preguntó mientras reían.

—Siempre seremos amigos —comentó Ronet—. Siempre estaré a tu lado.

—Aún no ha venido Arrio. Mientras esperamos, ¿quieres que usemos los *gladius*^[11] de madera? —preguntó Lucio.

—Te volvería a machacar como hice ayer —respondió Ronet.

—Ni con la ayuda de Hércules podrás ganarme —dijo Lucio, que ya se hallaba con las espadas dispuestas, lanzándole una a su amigo.

Ronet la agarró en el aire. Dudó, debido a toda la tarea que aún le quedaba, pero finalmente cedió. Los dos ami-

gos empezaron a medirse en círculos, observándose.

—Vas a ver lo que es bueno —dijo Ronet.

—Te venceré como siempre.

El joven patricio atacó desde arriba con su *gladius* dejándolo caer con fuerza. Ronet neutralizó el golpe con su espada en vertical. Los dos amigos apretaban con determinación sus armas. Lucio presionaba hacia abajo y Ronet se defendía empujando hacia arriba. El esclavo, viendo que la espada cedía por la fuerza de su amo, golpeó con su pierna el estómago de Lucio, quien, concentrado como estaba en la espada, no lo vio venir. La patada hizo que cayera de espaldas, pero giró sobre sí mismo y de nuevo volvió a ponerse en pie. Se miraron recuperando el aliento mientras una sonrisa asomaba en sus labios.

Lucio corrió hacia Ronet de nuevo. Esta vez amagó con un golpe en la cabeza para luego bajar el arma y golpear en la pierna de su contrincante, quien soltó un grito de dolor. El esclavo contraatacó buscando el costado, pero en esta ocasión su amo se defendió rápidamente interponiendo su espada entre la de su rival y su cuerpo. Los dos amigos intercambiaron una serie de ataques bien dirigidos que defendieron con habilidad, mientras los *gladius* chocaban una y otra vez. Sin embargo, fue Ronet quien consiguió, con más fuerza de lo que hubiera deseado, encontrar el pecho de Lucio.

—¿Estás bien? —preguntó Ronet.

—Sí, sigamos —contestó el patricio, buscando de nuevo golpear.

El combate continuó. Los dos amigos empezaron a jadear por el cansancio de la pelea. Lucio encadenó una serie de golpes que Ronet atajó bien. Tras el movimiento de evasión, dio un enorme salto con su espada en alto, en lo que sin duda era su golpe favorito. Lucio no tuvo tiempo de zafarse y el esclavo cayó encima de él, con la punta de la espada tocando su pecho.

—Soy el vencedor —dijo Ronet.